



Cambiando el rumbo de una vida

Un extracto de Abriendo Puertas, el boletín informativo de Casa de Esperanza, verano 2009

Cuando conocí a Doña Ester, yo tenía tres años y ella tenía setenta y dos. Ella era de El Salvador y tenía muy poca formación académica. Ella cambiaría el rumbo de mi vida.

Mi familia vivía en la mitad de un dúplex en Washington, DC. Doña Ester vivía en la otra mitad. Cuando mi mamá comenzó a trabajar, le pidió a Doña Ester que me cuidara. Aprendí a amar el tiempo que pasaba con ella.

Nuestros días eran simples. Doña Ester hacía el desayuno, tal vez pupusas o arroz con frijoles, y escuchaba mientras yo hablaba sin parar. Caminábamos a la iglesia cada mañana y me enseñó a rezar el rosario. Ella no se dedicaba a entretenerme; yo simplemente pasaba el día con ella y me empapaba de su amor.

Había mucho amor. Cada día comenzaba y terminaba con un gran abrazo, ¡podría haberme perdido en esos abrazos! Me miraba con un afecto genuino, me repetía constantemente que yo era inteligente y creativa, y se reía de lo que yo decía. Era dulce y constante, y me sentía completamente a salvo con ella.

Con el tiempo, Doña Ester, en cierta forma, me hizo saber que sabía lo que pasaba en el lado de mi familia del dúplex. Nunca dijo con palabras que sabía que mi padre abusaba de nosotras físicamente y sexualmente de mí a diario. En lugar de eso, me enseñó que Dios me amaba, que Dios odiaba lo que me estaba pasando y que nada de eso era mi culpa. Nunca decía nada cuando veía moretones, sólo era más cariñosa.

Instintivamente y sin capacitación alguna, Doña Ester creó un plan de protección conmigo. Me enseñó a esconderme y a rezar el rosario cuando tuviera miedo. Me dijo que pensara en escondites y a decirle dónde estaban. Me dijo que el horno no era una buena opción (!) y que el clóset era mucho mejor.

Ahora reconozco la sabiduría de mi madre al ponerme en manos de esta increíble mujer. Doña Ester me inculcó resistencia y me mostró lo bueno que veía en mí. Ella era una conexión constante para mí, aún cuando estaba aterrada, y sentía que me cuidaba.

“Cualquiera puede hacer lo que Doña Ester hizo.”



Hoy día no sería quien soy si no fuera por Doña Ester ni tampoco haría el trabajo que hago.

Cualquiera puede hacer lo que Doña Ester hizo. No tenemos que estar capacitados en violencia doméstica o en abuso sexual.

Podemos ayudar, amar, escuchar y cambiar la vida de alguien.

OLGA TRUJILLO

Casa de Esperanza's former Director of Programs
is a nationally recognized trainer and consultant